

Las relaciones transatlánticas

Para muchos hablar de las relaciones transatlánticas equivale a relatar el cúmulo de los llamados “malentendidos transatlánticos”. Y es a menudo tanto el énfasis puesto sobre tales malentendidos que pareciera como si las relaciones transatlánticas, es decir, las relaciones entre Europa y los Estados Unidos de América no fueran otra cosa que la crónica de un gran fracaso.

Los ultra nacionalistas europeos de un lado y los neoconservadores americanos de otro – una versión ultranacionalista de sus correligionarios en este lado del Atlántico – se presentan como fervorosos partidarios y expositores de tal descarrilamiento. De manera que se rinden un favor mutuo: los europeos encontrarían razón suficiente para justificar su antiamericanismo mientras que los americanos, al tiempo que se refuerzan en su convicción de la intranscendencia europea, se creerían legitimados para su actuar en solitario. La desaparición de la Unión Soviética y el consiguiente debilitamiento del peligro encarnado por un enemigo común no habría hecho más que profundizar esas tendencias disgregadoras, hasta el punto en que hoy en día, unos por convicción, otros por interés, no dejan de plantearse algunas preguntas agónicas: ¿qué es lo que

queda de la gran alianza entre las dos orillas democráticas del Atlántico?; ¿cuales, si algunos, son los elementos de cohesión?; ¿tiene sentido el mantenimiento de una relación privilegiada creada para tiempos y circunstancias muy distintos? En fin, ¿qué es lo que tienen en común Europa y los Estados Unidos de América?

Si bien se mira, aunque con énfasis diferentes, llevamos casi cien años europeos y americanos haciéndonos esas mismas preguntas. Porque llevamos casi cien años compartiendo una buena parte de lo que resulta ser historia común: la I Guerra Mundial, la II Guerra Mundial, la Guerra Fría, las recientes guerras balcánicas... por no mencionar otras peripecias de menor intensidad no necesariamente traducibles en enfrentamientos – calientes o fríos-. Recordar que europeos y americanos han estado juntos muchas veces durante la mayor parte del Siglo XX en defensa de lo que estimaban eran valores e intereses comunes es hoy una obviedad. Quizás no lo sea tanto, sin embargo, recordar el patrón prácticamente común de esas ocasiones compartidas: unos europeos acosados por las potencias autoritarias o totalitarias que se dirigen a los EEUU en solicitud de ayuda; una primera respuesta americana tibia y dubitativa seguida de una participación decidida; y una victoria común previa a la retirada americana a los lares domésticos. Si se quiere, se

pueden añadir otros elementos también comunes a esa historia: los europeos que se han mostrado largos en la exigencia de la ayuda y cortos en el reconocimiento debido a la misma; los americanos han sabido prestar la ayuda en los términos que ellos mismos han decidido; e incluso en los momentos de mayor proximidad recelos y recriminaciones mutuas no han dejado de producirse. Como en las mejores familias.

Pero, qué duda cabe, la colaboración trasatlántica ha producido efectos históricos cuyo carácter positivo deben ser reseñados y reconsiderados. ¿Podemos imaginarnos que hubiera sido de Europa si los imperios centrales hubieran ganado la I Guerra Mundial? ¿Y si hubieran sido la Alemania nazi, la Italia fascista y el Japón imperial los que vencieran en la II Guerra Mundial? ¿Y si la URSS hubiera impuesto su voluntad al final de la Guerra Fría?

Muchos se apresurarán a precisar que la intervención americana en los asuntos europeos no era todo lo altruista y desinteresada que en principio pudiera parecer. Pero ello siendo cierto no sirve para rebajar o minimizar la trascendencia de la relación. Pareciera que al contrario: la existencia de intereses comunes, más allá de la coincidencia en los principios políticos y en la organización social, es la

que dotó de solidez a la relación. Incluso teniendo en cuenta que el prisma del entendimiento y de la colaboración no cubría todo el espectro de las relaciones mutuas. Los americanos no hicieron nada para impedir el desmembramiento de los imperios coloniales europeos. Los europeos no hicieron nada para ayudar a los americanos en Vietnam. Ello no impidió la consolidación de la Alianza Atlántica, la creación de una tupida red de relaciones políticas y diplomáticas bilaterales, el florecimiento de un próspero comercio trasatlántico – uno de los principales motores del crecimiento de la economía mundial durante buena parte del Siglo XX – y, en definitiva, un marco de entendimiento imprescindible para conocer el desarrollo internacional en los últimos decenios. Los Estados Unidos ofrecían a Europa razones para la seguridad y marco para el desarrollo. Los europeos, aun sabiéndose los primeros afectados en un eventual enfrentamiento, correspondían con una floreciente economía y un envidiable ejemplo de estabilidad. Suponiendo que las relaciones pudieran haber sido calificadas de clientelares, nunca la historia había conocido mayor libertad en la aceptación de sus términos ni mejor margen de maniobra para la prosecución de los intereses de unos y otros.

¿Era sólo el miedo a la Unión Soviética el que hizo posible la culminación de las relaciones trasatlánticas? ¿Necesitaban europeos y americanos de un enemigo común para comprender la conveniencia de sus vínculos? ¿Tenía que coincidir la desaparición de la URSS con el final del – relativo - idilio entre unos y otros? ¿Vivíamos mejor contra la Unión Soviética?

Ya sabemos que el “final de la historia” proclamado por Francis Fukuyama ha sido más bien el comienzo de una historia diferente a la que ciertamente no estábamos acostumbrados. La bipolaridad ha sido sustituida por la unipolaridad, en un escenario en el que muchos – no pocos europeos entre ellos – querrían soñar con la multipolaridad. Las estrictas normas de comportamiento codificadas durante la Guerra Fría no han sido todavía sustituidas por otro marco de referencia político, que pudiera encauzar las esperanzas y los riesgos de la nueva situación. Se multiplican los focos marginales de conflicto sin que todavía surja un nuevo consenso internacional para solucionarlos con una determinada clave – o, alternativamente, para pactar la limitación de sus efectos. Al imperfecto pero efectivo orden internacional de la Guerra Fría le ha sustituido un evidente, peligroso, imprevisible y también paradójicamente liberador desorden internacional.

Pareciera como si en el tumulto, europeos y americanos hubieran aprovechado para ventilar sus antiguas rencillas. Los europeos, animados por los éxitos de la Unión Europea y por su capacidad de convocatoria, han creído llegado el momento de prescindir de la tutela del tantas veces percibido como hermano mayor, para emprender una singladura en solitario. Algunos incluso han creído llegado el momento de refrescarse en las esencias antiamericanas que, a falta de mejor inspiración, llegan a constituirse en columna vertebral de ciertas políticas exteriores. Los americanos por su lado, cuya arrogancia circunstancial es solo comparable a su permanente ingenuidad, han recibido la ofensa con sorpresa y desencanto, mostrando el sentimiento herido de quien es poco reconocido en sus esfuerzos aún sabiéndose más poderoso que los demás.

La desgraciada culminación de ese encontronazo se puso gravemente de manifiesto hace cuatro años, cuando las tropas americanas y británicas invadieron Irak. Hay varias maneras de analizar lo que entonces ocurrió y muchas de ellas igualmente válidas. Una de ellas es precisamente la apuntada: Irak como grave accidente en la historia de las relaciones trasatlánticas. También, por cierto, de las relaciones intraeuropeas. Ese fue el momento en que ciertos

europeos más presumieron de su "soft power", en contraposición al puro y duro encarnado por los Estados Unidos, y ciertos americanos más se recrearon en echar en cara a Europa su irresponsabilidad, su hedonismo, su incapacidad para asegurar la propia defensa. Restos de unos y otros son todavía muy visibles en actitudes políticas y en mensajes académicos y mediáticos en ambos lados del Atlántico. ¿Constituirá ese trasfondo el futuro de las relaciones transatlánticas? Dependerá de unos y otros. No hay nada definitivamente escrito al respecto. No hay ningún elemento preestablecido que haga necesaria la buena sintonía trasatlántica. Se equivocan los que mantienen su inevitabilidad y dan por seguro su permanencia. Sobre todo si el futuro se deja en manos tanto de los que consideran que el papel europeo debe ser el de una fuerza anti-hegemónica cuyo objetivo principal es contrarrestar el poderío americano, como de los que, en la otra orilla, sólo sueñan con el reforzamiento de la unipolaridad eventualmente corregida con el recurso a las coaliciones ad-hoc. Es evidente que el futuro de las relaciones trasatlánticas depende de la capacidad común para superar ambas tentaciones. Y por supuesto evitar las conductas o pronunciamientos que pueden llegar a las mismas.

Porque, de otra manera, es fácil de comprender las ventajas, e incluso la necesidad, del mantenimiento de una sólida relación trasatlántica.

Es un importante factor de estabilidad en las relaciones internacionales. Está suficientemente demostrado que allí donde funcione armónicamente el entendimiento entre europeos y americanos existen garantías razonables para solucionar conflictos o para prevenir su aparición en la vida internacional.

La relación transatlántica presta a los europeos la garantía de seguridad que ellos mismos no están en condiciones de ofrecer. Se equivocan aquellos que esperan todo de la capacidad militar. Se equivocan también los que la desprecian o minusvaloran: los riesgos de todo tipo a los que nos vemos diariamente sometidos exigen una capacidad defensiva de respuesta de la que Europa carece – en gran parte por voluntad propia – y que los Estados Unidos poseen de manera prominente. La retórica pacifista no debiera hacernos olvidar los datos reales de la situación y sus consecuencias. Europa está perdiendo la carrera tecnológica en el terreno de la defensa. Posiblemente la haya perdido ya.

Desde la óptica americana, una relación política y diplomática fluida con Europa amplía la eficacia de sus acciones y facilita su mejor puesta en práctica. Algunos llegan incluso a conceder a la impronta europea la capacidad legitimadora de la que los americanos carecerían en solitario. Es una apreciación excesiva. Basta en subrayar la acrecentada credibilidad de la actuación conjunta.

La relación trasatlántica, de otra parte, es también un reflejo de una poderosa realidad económica. El 23% de las exportaciones europeas se dirigen a los Estados Unidos, de quien proviene el 14% de las importaciones europeas. Y aunque la relación contraria no sea tan abultada – sólo Alemania y el Reino Unido aparecen con cierta relevancia, en torno al 5%, entre los importadores y exportadores con respecto al comercio americano. – el total del comercio entre ambas partes alcanza mil millones de dólares diarios. La relación económica entre ambos no es exclusiva y naturalmente tienen poderosos elementos de diferenciación en eventual constitución. Pero aquí también la ventaja relativa corresponde a los EEUU, que en términos absolutos y relativos sigue teniendo la economía más fuerte del mundo.

Europeos y americanos enfocan sus políticas nacionales e internacionales desde convicciones, principios e intereses

básicamente similares y casi siempre compatibles. Los que desde uno y otro lado se complacen en subrayar las diferencias, y las incompatibilidades, olvidan los importantes puntos de convergencia entre unos y otros: sociedades democráticas, libres, organizadas entorno a las leyes del mercado y constitutivamente interesadas en expandir sus ideas y sus sistemas en un orden mundial equilibrado.

Y lo cierto es que, a pesar de las tensiones múltiples a que la relación trasatlántica se ha visto sometida en los últimos años, y a pesar también de los profetas de calamidades que se han apresurado a certificar su defunción o a desecharla, los índices más recientes apuntan a una progresiva recuperación de la salud perdida. La lucha global contra el terrorismo, por ejemplo, nunca ha dejado de registrar un alto nivel de cooperación entres los servicios de inteligencia y de seguridad de ambas orillas atlánticas. En el terreno diplomático, la acción internacional contra la proliferación nuclear – léase Corea del Norte e Irán – ha encontrado a europeos y americanos en la misma longitud de onda, aún en la diferencia de matices y de ritmos. La presencia de la OTAN en Afganistán es otra buena muestra de la sintonía trasatlántica. E incluso en el caso de Irak, que continúa siendo elemento de preocupación y discordia, pocos conocidos son los esfuerzos desarrollados por los europeos

para, en el marco de las Resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, contribuir a la reconstrucción del país. Hasta el 31 de marzo de este año, los países europeos habían comprometido casi 1000 millones de dólares la ayuda multilateral a tales efectos. Y otros temas de la hoy pesada agenda internacional reciben también un diagnóstico común por parte de los socios transatlánticos, trátase de Darfur, el Oriente Medio, Costa de Marfil o el Congo.

Por supuesto, no todo es luna de miel en las relaciones trasatlánticas y algunas de las cuestiones horizontales donde los socios están hoy más divididos - cambio climático, energía, pobreza - podrían apuntar soluciones si se llegara a instaurar una auténtica atmósfera de cooperación.

Tampoco cabe esperar todo de las relaciones trasatlánticas. Mientras el multilateralismo no pasa de ser un piadoso espejismo, las soberanías nacionales se resisten hoy con más fuerza que nunca a renunciar a sus parcelas de poder, por limitadas que sean. Europa parece haber llegado al techo de sus posibilidades intergubernamentales y comunitarias, sin que el futuro inmediato parezca anunciar realidades más sólidas en el terreno de una mayor integración y de una consiguiente mejor capacidad de acción

conjunta hacia el exterior. Y, por decirlo todo, los tiempos cambian y los imperios desaparecen: ni siquiera los Estados Unidos tienen garantizada la eternidad en la supremacía.

Pero el análisis no debe recurrir al fácil expediente de profetizar lo que ocurrirá en el siglo XXII para evitar los compromisos concretos que el presente demanda. Importa lo que la lógica nos dicta sobre el transcurrir del siglo XXI. Y ahí, aquí, ahora y para un tiempo previsible – pongamos que treinta años – las realidades de poder, salvo cataclismo, no serán muy diferentes de las que ahora conocemos. En esa perspectiva sería razonable apostar por el reforzamiento de los lazos conocidos y experimentados en la relación trasatlántica, prestándoles el cuidado y la atención que merecen. Todo es mejorable. Todo es también susceptible de empeorar. Sería lamentable que unos y otros olvidáramos lo conseguido entre una Europa democrática y pacífica y unos Estados Unidos que, con todos sus claroscuros, bien merecen el calificativo de “benign superpower” con que les describió Madeleine Albright. Estamos suficientemente a tiempo de evitar el lamento por la leche derramada.

***Javier Rupérez
Director Ejecutivo de la
Dirección Ejecutiva del Comité contra el Terrorismo de la ONU***